Tres personas distintas y una sola ignominia verdadera

Para la odiosa intromisión de los norte-americanos en nuestros asuntos interiores, y para la explotación desmedida que es su consecuencia, se necesitan tres factores, indispensablemente: el traidor, que entregue; los cañones del Departamento de Estado, que sujeten; y el banquero voraz, que escarbe y desbalije.

A eso, ¡sólo a eso!, se reducen las literaturas oficiales del sirviente criollo que, disfrazado con su irrisoria librea de esclavo presidencial, demanda la limosna de su envilecimiento, denominando *extranjeros* a sus hermanos por la raza, y *bandoleros* a sus compatriotas que mueren por ser dignos y y libres. A eso, ¡sólo a eso!, se reducen las retóricas de exportación con que el Gobierno de Washington habla del bolshevismo en México, de intereses americanos en peligro en Nicaragua y de constitucionalización de atracadores al servicio de sus intereses. A eso, ¡sólo a eso!, se reducen todos los gritos calumniosos con que el mercado de Wall Street quiere enturbiar la conciencia del mundo, y especialmente la de su propio pueblo, en las columnas amarillas de una prensa comprada.

Porque hay que decirlo a gritos, sin atenuaciones cortesanas, sin rodeos pueriles, sin miedos femeninos, levantando los velos, para que se vea a las claras esa pústula que tratan de encubrir bajo las gasas del pan-americanismo: *todas esas intervenciones son, en último término*, NEGOCIO, *nada más que* NEGOCIO. El traidor que abre las puertas, el sujetador que amarra los brazos de la víctima, y el explotador que escarba en sus bolsillos, no son sino tres personas distintas y una sola ignominia verdadera.

Veámoslos actuando:

Oíd estas palabras de Díaz, trasmitidas por cable: «Apelo nuevamente al gobierno americano *para la intervención* (!!!) que, con sus altos ideales, es mucho más deseable que la cultura mexicana aliada con la barbarie». Puesto de rodillas, temblando de pavor, ante la nación entera que se levanta airada, ante el grito indignado de todo Centro América, ante la explosión protestadora de todo el Continente, pide que los hombres que nos han explotado, que han enflaquecido nuestros estómagos y han envilecido nuestra honra, desembarquen de nuevo a matar nicaragüenses. Lo pide día a día, hora por hora, minuto por minuto.

¿No os horroriza el hecho de que la especie humana haya podido producir tal engendro? Los puñales que, según el mensaje telegráfico, quisieron ultimarlo en las mismas calles de la capital, son la expresión anímica de un pueblo que ya no está dispuesto a soportar vilipendios. No es extraño que ese hombre, que ya está apuñalado por el odio, llegue también a serlo por el hierro. Cortar la cabeza del traidor es también decapitar la traición. Hay puñales que al herir se ennoblecen. Los arados, cuando arrancan los troncos, hacen que florezcan los huertos.

Hábiles han sido en su maniobra los yankees, al descubrir para sus planes, al sér único, desprovisto de todo sentimiento, de todo pudor, de todas esas fuerzas que resisten, aunque sea un instante, a las activas tentaciones del delito. Porque, desde ese aspecto, es único en su especie. Desde niño, llamábanle en su pueblo el *Yo que pierdo*, a causa de que jamás hubo para él motivo alguno que pudiera estorbar la comisión de un acto acorde con sus apetitos. ¿Que eso es un terrón de lodo, y que al cogerlo ensuciaría sus manos? *¡Yo qué pierdo!* ¿Que en esas zarzas van a quedar desgarros de su honor?... *¡Yo qué pierdo!...* ¿Que la maledicencia va a cebarse en su vida, que el desprecio de sus semejantes va a escupirle la cara?... *¡Yo qué pierdo!...* Por eso, cuando había que vender a la Patria; cuando era *conveniente* acostarla maniatada en su lecho, para que fuera pasto de lascivia extranjera, surgió a los ojos de los sátiros aquella figurita, mezquina de alma y cuerpo, el *Yo qué pierdo*, que les abrió las puertas con la mano derecha, al mismo tiempo que extendió la siniestra para recibir los diez dineros que el raptor recogía en los propios bolsillos maternales.

Porque ese Díaz es sin igual *specimen* en la historia de la humanidad. En todo sér humano, por depravado que éste sea, hay siempre alguna línea escrita por mano de nobleza. En Díaz, nada! El es un papel en blanco en el que no hay escrita una virtud. El *Yo qué pierdo*, que se encoge de hombros, sin un asco por nada. Hay quien lo haya comparado con Judas. No, no es cierto! Esa comparación es una calumnia para Judas. Judas se ahorcó. Adolfo Díaz no se ahorcaría nunca; porque colgarse de una soga es un indicio de remordimiento; y Adolfo Díaz es incapaz de conocer esa flaqueza que se nombra remordimiento, ni ese inútil estorbo que se llama vergüenza. Al contrario! El se da el lujo de ostentar ante el mundo las grietas de su lacra moral, esparciéndola sobre el haz de la Tierra por los hilos del cable. Es el orgullo de no poseer orgullo. Es la vergüenza de que sospechen que la tiene.

Tal es la primera de las tres personas en esa trinidad de la ignominia. Voy a esbozaros la segunda.

Los Presidentes y Secretarios de Estado en Norte-América, han tenido siempre, como Jano, dos rostros: el uno para cuando se visten de frac, en las recepciones oficiales y en los banquetes pan-americanistas; el otro, para cuando se quedan en camisa y, arremangándose los brazos, pónense a ligar los jarretes del mísero ganado hispano-americano, a fin de que pueda el matarife de la banca descuartizar sus carnes. Da gusto oirlos hablando en la tribuna: *fraternidad humana, respeto a las naciones débiles, ayuda a los hermanos de América...* Las mil dulzuras evangélicas, unciosamente pronunciadas, y candorosamente recibidas por nuestros engalonados representantes en Washington. Mas, cuando llega el caso, el amor tribunicio se traduce en *bluejackets;* la fraternidad, en cañonazos; el auxilio en empréstitos. Naturalmente, sin dejar aquel vocabulario eufémico, aquel inglés de cuákero, de labio uncioso y ojos bajos, que encubre la uña bajo el hábito. La violación del territorio es entonces llamada *protección de los intereses americanos;* la ciudad que ocupan por la fuerza, *zona neutral;* y el hombre a quien sobornan para la traición, su triste instrumento de negocios, *Gobierno constitucional.* Porque habéis de saber que esos hombres de la doble cara, que ocupan los más altos puestos en el Poder americano, no son sino compendios de buenos discursos y de malas acciones. No me refiero sólo a Coolidge o a Kellog. Ellos son contigencias en la vida administrativa de aquel megaterio de naciones. Y en ese Gobierno, todos son lo mismo. Tanto da llamarse Coolidge que Wilson o que Roosevelt. Desde hace mucho tiempo, el Gobierno americano ha sido y sigue siendo únicamente un gobierno bancario. El banquero aprieta los resortes, y el Gobierno dispara los cañones. Los que nos hemos hallado en la negra zona intervenida, lo sabemos muy bien, porque los hemos visto en acción, y porque hemos sentido la afrenta y el dolor. Y es bueno que asimismo lo sepan los propios norte-americanos, igualmente víctimas, explotados como fuerzas vendadas, por la avidez de unos cuantos banqueros que operan sobre la máquina gubernamental de su país. ¡Que ellos sepan la verdad amarguísima! Que cada ministro que aparenta representarlos en nuestras capitales, lo que deveras representan es el interés de una casa financiera; que no son sino agentes de explotación bancaria; que enredan las tramas de la revolución en cada pueblo, atentos sólo a servir el *negocio* de sus amos. Que ellos conozcan que los marinos de sus buques de guerra no van a defender la dignidad de su pueblo, ni siquiera a buscar las viejas glorias de la conquista bélica, sino a servir de centinelas en las puertas violadas de la casa ajena, de atalayas de negociantes sin conciencia, velando por mantener inestorbada la impunidad de los saqueos. Que ellos comprendan que su bandera, el símbolo que debiera ser de sus ideales patrióticos, van a clavarla en los países inermes, haciéndola servir como de trapo de avisos en una factoría de hebreos. Que ellos no ignoren que la prensa amarilla, la que ellos leen a diario y a la que prestan ingenuamente fe, no es sino, en lo que a nosotros respecta, prensa de propaganda mercantil, cuyo fin es el de empañarles los ojos, preparando la pública opinión para desmanes internacionales y atropellos injustos.

Y todo ese engranaje—Casa Blanca, ministros diplomáticos, marina de guerra, periódicos y funcionarios—no representan en nuestros países sino un engranaje, bé-

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "